

## EL REGALO DE SAN JUAN

1º - 3º

En un país lejano existía una tierra con tres campos de cereales, uno al lado del otro. En los tres campos crecía trigo, a pesar de que cada uno tenía un aspecto diferente. En el primer campo crecía la mala hierba libremente y sofocaba trigo. En el segundo campo no se podía ver si una sola mala hierba flor. En el tercer campo había algunas amapolas rojas y algunas azulinas que daban un resplandor de ensueño entre el amarillo del trigo.

En este país se cosechaba antes del día de San Juan. Llegó la época en que los campesinos tenían que segar sus cereales. El primer campesino era un hombre realmente descuidado. Silbando segaba su trigo sin darse cuenta de que estaba cortando más flores y malas hierbas que trigo, luego se olvidó de algunas gavillas en el campo, y tampoco vio que perdía otras porque había cargado sin cuidado el carro. En casa trilló el trigo que le quedaba lo puso en su granero húmedo y sucio.

El campesino del segundo campo, que no tenía ni una sola mala hierba, era un hombre avaro. Él segaba su campo lo más cuidadosamente posible; no dejaba ni una sola espiga. Luego, como por equivocación, segó el tercer campo para hacerse unas gavillas más lo añadió su propio trigo. Durante el camino de vuelta, corrió al lado de su carro para estar seguro de que no se perdía ni un solo grano de trigo. En casa contó las gavillas y, cuando hubo trillado el trigo, recogió hasta último grano del suelo. Él mismo, al terminar, cerró con cerrojo la puerta de su granero.

Luego, llegó el tercer campesino. Éste se entristecía al ver que una parte de su trigo había sido segada ya, pero no quiso armar alboroto. Feliz segó su trigo y sus hijos hicieron preciosos ramos con las amapolas y las azulinas. Cantando volvió a casa y a madre fue también a ayudar a la trilla. Toda la familia puso finalmente el trigo en el granero.

En este país, cada año, se encendía una gran hoguera en las afueras del pueblo el día de San Juan y todos los campesinos iban y tiraban un puñado del nuevo trigo como regalo. Sólo después de esta ceremonia, podían hacer pan, pastel y comer del nuevo trigo.

Ocurrió que unos días antes de la fiesta de San Juan un pequeño niño mendigo pasó por el pueblo. Parecía hambriento y cansado como si hubiera venido de lejos.

Llamó a todas las puertas pidiendo un poco de pan.

Primero llegó a la casa del campesino descuidado. Aquél ni se acordaba del día de San Juan, ni de la hoguera; y como no le quedaba nada de harina ni de trigo del año anterior, se fue al granero para tomar un poco del nuevo trigo para preparar un pan para el pobre niño. Pero ¡qué lástima!, el nuevo trigo había empezado ya a pudrirse en el granero húmedo y sucio; no se podía usar ya.

Triste se fue niño para llamar a la puerta del campesino avaro.

El campesino avaro gritó con voz enfadada al pequeño mendigo:

-*"Niño, ¿No sabes que aún no se ha hecho la hoguera de San Juan y que no hemos entregado todavía un puñado del nuevo trigo para el fuego?"*

-*"¿Cómo te atreves a pedir pan?"*

Pero no le dijo que su mujer estaba preparando en ese momento un pastel, justo con el nuevo trigo.

Triste se fue el niño mendigo y llamó a la puerta del tercer campesino.

Éste estaba también pensando en la hoguera de San Juan y en el regalo al Santo, pero cuando vio al niño hambriento y cansado, le dio la bienvenida y dijo a su mujer:

-*"Aunque no hemos dado todavía nuestro puñado de granos de trigo a la hoguera de San Juan, no podemos dejar a nadie que sufra de hambre".*

Así que tomó un poco del nuevo trigo, lo molió y su mujer preparó su un buen pastel. Luego el campesino, su mujer y sus hijos se sentaron junto al niño mendigo para que no tuviera que comer solo. Cada uno de ellos tomó también un trocito de pastel.

Cuando el niño hubo saciado su hambre, le envolvieron el resto del pastel y se lo pusieron en el zurrón para el viaje.

Llegó día de San Juan. Los tres campesinos fueron juntos hacia el lugar donde se iba a encender la hoguera. Cada uno de ellos llevaba en su mano un saquito con el nuevo trigo. Era ya el atardecer y la neblina vespertina se extendía sobre el valle. La neblina y las nubes se densificaron más y más hasta que los campesinos no pudieron ver ni sus manos, aunque las tenían delante.

Y entonces -¡qué extraño...!el camino se hizo más y más empinado.

¿Habían perdido el camino?

El sendero les llevó cada vez más arriba y, por fin, llegaron por encima de la niebla y de las nubes. El sol vespertino brillaba reluciente de nuevo e iluminaba las nubes blancas debajo de ellos.

Cuando alzaron su mirada, vieron que estaban delante de tres grandes portales del cielo: uno muy grande en el centro y uno más pequeño a cada lado.

Delante del portal central estaba un hombre de cabello rubio que parecía el mismo sol. Amablemente les preguntó:

-*"Amigos míos, ¿qué deseáis traerme?"*

El campesino avaro quería guardar el trigo para sí mismo y gritó:

-*"Nada para usted. Queremos llevar nuestro regalo para San Juan"*

-*"Pues entonces me lo puedes al dar al mí, porque yo soy San Juan"*. Dijo la figura reluciente. Intimidado el avaro cerró sus labios.

El segundo campesino, el descuidado, se acercó corriendo para entregar su saco a la Luminosa figura. San Juan lo abrió y meneó tristemente su cabeza diciendo:

-*"Este trigo está medio podrido y no es bastante bueno para el que vive detrás del gran portal y él es quien lo tiene que recibir"*.

Después se abrió el portal pequeño en el lado izquierdo. El campesino descuidado vio una serpiente silbando y tuvo que alimentar con el trigo podrido a la serpiente mientras el portal se cerró detrás de él.

Entonces llegó el turno al campesino avaro. Éste entregó el trigo nuevo a San Juan. Cuando la figura luminosa abrió el saco y vio granos negros, meneó tristemente su cabeza diciendo:

-*"Bienes robados no crecen"*.

Acto seguido se abrió el portal pequeño del lado derecho y el campesino avaro vio un dragón amarillo verdoso. Tuvo que alimentar al dragón con sus granos negros, y el portal se cerró detrás de él.

Por fin llegó el turno al tercer campesino. Este casi no se atrevía a ofrecer su saco de trigo a San Juan. Cuando la figura luminosa abrió el saco, irradió luz de él.

¡Los granos se habían transformado en oro!

Entonces San Juan le preguntó:

-*"¿Con quién has compartido tu pan?"*

-*"Con mi mujer y mis hijos"*, -dijo el campesino- *"y con el niño mendigo que vino a nuestra casa"*.

La cara de San Juan se iluminó de alegría y dijo:

-*"Tu regalo es el verdadero"*.

Entonces se abrió el portal grande del centro, y a través de él surgió una Luz tan clara como el sol de la mañana. Allí estaba la madre María con el Niño Dios. El Niño Dios dijo al campesino con su voz clara:

-*"Te agradezco que me hayas recibido en tu casa cuando llegué a ella como un mendigo y que hayas compartido tu pan conmigo. Dame ahora tu trigo para que lo bendiga"*.

Entonces el Niño Dios tomó la mitad del trigo que había bendecido y dijo:

-*"Toma la mitad para ti, es tuya"*.

Cuando el campesino llegó a su casa molió el puñado de trigo que el Niño Dios le había dado y su mujer hizo una buena hogaza de pan. La comieron con sus hijos y dieron de ella a todos los pobres también. Durante toda su vida, este pan siguió dando de comer y nunca disminuyó.

Aportación de Marcelo Trumb